

Fuego

— y —

HONOR

Cecilia Agüero



FUEGO Y HONOR

FUEGO Y HONOR

Cecilia Agüero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Celia Agüero, 2022

©Ilustración y maquetación de cubierta: @awildes_, 2022

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2022

©Ediciones Dorna, 2022

www.edicionesdorna.com

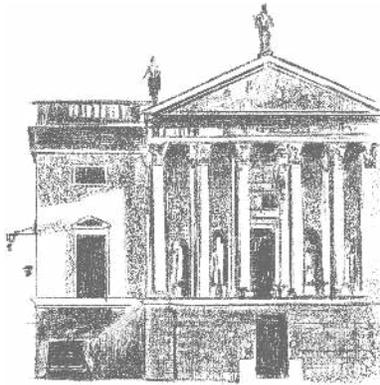
Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-124737-5-9

IBIC: FR

Aviso de contenido sensible: mutilación y traumas de guerra.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).



PREFACIO

Salzburgo, 1912

Quisiera poder recordarlo todo con mayor claridad. Hay cosas que empiezan a perder el sentido después de tanto tiempo. Se deslucen, pierden color, forma, espacio. Por más que lo intente, no puedo asirlas con los dedos.

Quizá sea algo que le ocurre a todos, llegado este punto de la vida. Las decisiones que tomé me empiezan a parecer estúpidas, los arrepentimientos se vuelven más fuertes. Aun así, si tuviese que escoger un camino, volvería a tomar el que me conduce a ti. A esta casa.

A esta vida.

A pesar de todo, todavía tengo capacidad para pescar ciertos fragmentos antes de que terminen de evaporarse de mi mente.

Sobre todo, el que marcaría el inicio de todo: el olor nauseabundo que salía de la tierra. Por más que trate de ignorarlo, cuando sube y me golpea, me transporta de inmediato a las trincheras cavadas a toda prisa bajo la atenta mirada del Mosela. Por eso me gusta tanto el aroma limpio del jardín de casa; y el del jardín de Gabriele.

Nunca había estado en Metz. Técnicamente, jamás lo estaría. Lo que vi durante esos días fue apenas un atisbo borroso de la ciudad. Me llevaron a casa sin que pudiese enterarme.

No recuerdo el calor. Es un añadido posterior que agregué a medida que las imágenes y sensaciones de lo que acababa de vivir se iban adhiriendo a mi pensamiento. Era agosto, así que tenía que hacer calor. Tampoco me acuerdo de la sensación de sudor, aunque sí del olor.

Esos olores me estaban matando. La transpiración, la tierra removida, los cadáveres y la pólvora. Es gracioso, porque, en realidad, tampoco me acuerdo del miedo. Visto en retrospectiva, era lo suficientemente estúpido como para no tener ni tiempo ni aire para pensar en que estaba a punto de morir, así que ahí seguía, cavando como loco con el casco flojo y las manos temblando.

El pavor también es una construcción posterior. Tuve tiempo de pensarlo; de volver a ese momento, a ese lugar, durante tanto tiempo que terminé preguntándome si acaso no son todos los recuerdos un montón de ficciones tambaleándose despacio para no caerse en el mar de añicos sobre el que hacen equilibrio. Ese recuerdo en especial me quebró de una manera que no fue solo física.

Tú viniste a remendarme. No a arreglarme, no serías capaz de eso, sino a cuidarme. A quererme como esperaba que alguien me quisiera.

Sí me acuerdo de la furia. De la fiebre letal que me atenazó todos los músculos cuando abrimos fuego contra los prusianos. Sé que gritaba y que, posiblemente, nadie me escuchara —ni me prestara atención, no tenía rango suficiente—, pero yo me sentía al borde del éxtasis.

También creí que ganaríamos. *Estábamos ganando*. No puedo recordar el ruido porque sería algo imposible de imitar. Mi pátina de recuerdos queda deslucida por un pitido ensordecedor, producto de los estallidos que reventaban

cerca de mis oídos, sin poder ponerle el verdadero sonido a la composición.

La euforia no alcanzó a trocarse en pánico. Todavía puedo sentir mi orgullo y mi cuerpo hinchado cuando se empezó a rumorear desde mi posición que habíamos aplastado al I Ejército. Los prusianos habían dado guerra, pero nosotros lo habíamos hecho mejor.

Me da gracia pensar en eso ahora, con otro tipo de contexto. Es un poco irónico, ¿eh? Absurdo. Ridículo.

Las cosas vistas bajo el paño del tiempo se vuelven difíciles de comprender. Aunque me conozca, y sepa por qué lo hice, se me hace imposible empatizar con ese niño en el medio de un campo regado de gritos y sangre. ¿Cuál era el sentido?

¿Por qué querría alejarme de ti?

Ah, pero en ese momento, no tenía la dicha de conocerte.

El campo de batalla era un hervidero de cuerpos y caos, pero estaba bien. Estábamos ganando por haber estado cavando toda la noche y por las *mitrailleuses*, que no parecían dispuestas a extinguir su voz.

De alguna manera, y para tranquilidad de mi honor juvenil, no pude ver cómo todo se torcía en nuestra contra. Ya ha pasado tanto tiempo que las cosas se pierden, se desdibujan, se vuelven a armar. En mi torre de recuerdos obtusa, pierdo cada vez más las sensaciones iniciales para permearlas de mi realidad de hoy. De mi realidad en plural.

Un obús cayó del cielo y me voló la pierna. Fue simple, sencillo. Recordarlo no duele, porque creo que todo eso fue parte de mi construcción sutil, posterior.

Pero sí que dolió. Ah, fueron los peores meses de mi vida. Y no tenía todavía suficientes años para saber que sería así, pero ahora, conocedor de todo lo que vino después, sí puedo afirmarlo sin asomo de dudas.

No fui tan importante para Francia como Francia lo era para mí. Quedé tendido, medio muerto. Jamás supe por cuanto tiempo, pero tampoco importó tanto. Recuerdo —¿o

tal vez son trazos de las imágenes que me pintaba la agonía? Le gustaba usar mis ojos de lienzo— que el cielo se había puesto oscuro, muy oscuro. Y que solo había pitido, ya no más explosiones. El silencio detrás de la vibración era absoluto.

Abrumador.

¿Había terminado? ¿Habíamos aplastado a los prusianos? ¿Habíamos vencido?

También me acuerdo del resentimiento. Es imposible no hacerlo, porque no es algo que pudiera disimular cuando te conocí. Sé que podemos reírnos ahora, frente a esta inmensidad, y podemos recordar la infinidad de bromas a costa de ese pequeño detalle, pero ni tu ni yo olvidamos nunca, querido, que sigo siendo *francés*.

Tan francés como mi nombre, mi sangre y ese cielo oscuro que se convirtió en la condena de Francia después de Gravelotte. No vi Metz, ni su catedral, ni su asedio, porque, esa vez, estaba más ocupado peleándome con mi propia vida.

Cuando regresé —y conmigo, mis recuerdos partidos, no tan confusos como ahora—, Francia había perdido. Tú me estabas esperando.

Y Prusia se había convertido en el mayor de todos mis odios.

ESTUDIO EXHAUSTIVO DEL CARÁCTER DEL JOVEN PRUSIANO DURANTE EL II REICH

Berlín, 1874